EL TEATRO CONTEMPORÁNEO.

DOS TONTOS DE CAPIROTE,

FIN DE FIESTA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON RAFAEL MARIA LIERN.

ESCRITO EXPRESAMENTE

PARA EL SEÑOR

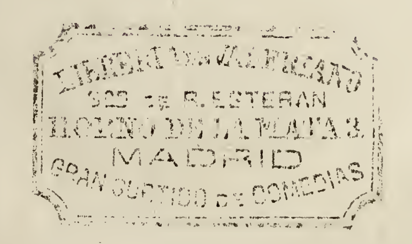
DON MARIANO FERNANDEZ.

J. M. M.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

14

DOS TONTOS DE CAPIROTE.



DOS TONTOS DE CAPIROTE,

FIN DE FIESTA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON RAFAEL MARIA LIERN.

ESCRITO EXPRESAMENTE

PARA EL SEÑOR

DON MARIANO FERNANDEZ.

Representado por primera vez en el Teatro Español el dia 24 de Diciembre de 1869 (Noche-buena), con extraordinario éxito.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA MARIQUITA	Doña Emilia Dansant.
ELISA	Pia Navarro.
ROMUALDA	Clotilde Lombia.
DON SENEN	Don Mariano Fernandez.
DON ABDON	Cipriano Martinez.
LEOPOLDO	Manuel Pastrana.
FRASQUITO	Ricardo Valero.
ESCRIBANO	Federico Tamayo.

La accion en Madrid y en nuestros dias.

AL SEÑOR DON MARIANO FERNANDEZ.

Al primero de nuestros actores cómicos dedica este juguete en prenda de admiracion, su apasionado

Rafael María Liern.

ACTO ÚNICO.

Despacho. Mesa escritorio. Librería, un gran armario. En el fondo una puerta de cristales. Dése á la escena poca profundidad. Dos puertas más en el foro, una á derecha y otra á izquierda. Otra en el primer término izquierda, y una secreta en el foro de la derecha. Derecha ó izquierda la del actor. Hay *portiers* en todas las puertas ménos en la secreta.

ESCENA PRIMERA.

LEOPOLDO.

Si lo que está de Dios! No conozco un adagio más verdadero. (Extiende varios papeles sobre la mesa.) Lo cierto es, que la circunstancia de haber sorprendido esa conversacion, facilita mis planes de una manera asombrosa. Este es el mundo. Vamos andando... Ea, creo que dejo el escritorio en toda regla...

ESCENA II.

LEOPOLDO y ELISA, llega esta precipitadamente.

ELISA. Leopoldo?...
LEOP. Elisa!
ELISA. Mamá desea hablar con usted inmediatamente.

LEOP. Voy en seguida.

ELISA. Y me ha dicho que encierre usted todos los documentos, siempre que salga del despacho.

LEOP. Descuide usted. Pero está usted llorando? Por qué?

ELISA. Porque soy la mujer más desgraciada del mundo. Esta mañana ha pedido mi mano don Abdon.

LEOP. ¿Y mamá, qué ha contestado?

ELISA. Mamá no ha dicho que sí, pero tampoco ha dicho que no. ¡Ah, el corazon me anuncia que no escaparé de esa estantigua!

LEOP. No se aflija usted... La juventud enamorada suele ser ingeniosa casi siempre. ¿Sabe usted desmayarse?

ELISA. Leopoldo!

LEOP. Sabe usted desmayarse?

ELISA. No, señor.

LEOP. Pues estudie usted el modo miéntras llega al cuarto de mamá. Necesito estar aquí sólo unos minutos. Entra usted en el gabinete, se sienta y... soponcio. No me haga usted reflexiones... Sírvase usted marcharse, y dentro de minuto y medio, pataleta...

ELISA. Pero considere usted...

LEOP. No estoy para hacer consideraciones... Desmáyese usted, por Dios. ¡Que vienen!

ELISA. Ah! (Váse rápidamente.)

ESCENA III.

LEOPOLDO, y á poco SENEN.

LEOP. La cuestion consiste en que no sepan mi secreto. Ánimo!... Don Abdon ya ha leido la copia del testamento... Si ahora lo lee don Senen... que tambien pretende la mano de Elisa... (Mira el reloj.) Las doce y veinte... don Senen, que es la puntualidad personificada, debe estar tirando del cordon de la campanilla. (Suena un campanillazo.) No lo dije? Y Elisa debe estar desmayándose... Á ver... Pues no oigo decir... «Agua, agua,» ni «socorro...» Señor, no sé cómo la quiero, porque es lo

más sosa la chiquilla esa... Aquí está don Senen. (*Aparece este por el foro.*) Hombre más exacto...

SENEN. Hola, querido...

LEOP. Señor don Senen, beso á usted la mano... De dar un paseito, eh? (*D. Senen parece que con la vista quiere comerse los papeles.*)

SENEN. No, señor, he oido la misa de once y media en los Italianos, y como empieza á caer cada copo de nieve del tamaño de un gorro de dormir, he dicho, á casa. Pero ántes de subir á mi cuarto, ya sabe usted que vivo en el segundo... el cual pongo á su disposicion.

LEOP. Muchas gracias. (*Recatando los papeles.*)

SENEN. Ántes de subir decia, he entrado aquí á hacer mi visitita de costumbre... ¡Diablo y qué frio hace! ¡Qué Madrid! ¡Qué Madrid!

LEOP. Y eso que se abriga usted bien.

SENEN. Sí, señor. (*Mirando los papeles con avidez.*)

LEOP. Lleva usted una bufanda...

SENEN. De diez y siete vueltas. Y aun así tengo casi siempre la boca fria como una bodega.

LEOP. ¿Como una bodega vacía? (*Con cierta intencion.*)

SENEN. (*Enseñando la dentadura.*) No, señor, no me falta ni un barril, mire usted. Como si me la hubiera empedrado el ayuntamiento. (*Haciendo chocar las muelas unas con otras.*)

LEOP. Eso prueba una juventud tranquila y morigerada... (*Óyense dentro algunas voces.*)

SENEN. ¿Qué es eso?

LEOP. (Ya se ha desmayado.) No sé...

ESCENA IV.

DICHOS y ROMUALDA.

ROM. Señorito, señorito?

LEOP. Qué ocurre?

ROM. Que la señorita Elisa se ha puesto muy mala...

LEOP. y SENEN. La señorita?

ROM. Venga usted... venga usted corriendo.

LEOP. Voy... (Mete rápidamente los papeles en el cajon, deja intencionadamente caer al suelo un pliego.) Pobre Elisa!

SENEN. Yo no sé si debo acudir...

LEOP. (Cayó el pliego.)

SENEN. (Ah! Creo que es el papel que busco.) (Deja caer su sombrero sobre el pliego)

LEOP. Se ha caido algo?

SENEN. Mi sombrero. Siempre que me impresiono se me cae el sombrero.

LEOP. Con el permiso de usted.

SENEN. Pregunte usted si puedo entrar... (Váse corriendo Leopoldo.) «Testamento.» Esto es lo que yo buscaba. La luz está hecha. (Escóndese el pliego en un bolsillo.) Yo estoy arruinado, y á trueque de coger el dote de Elisa soy capaz de todo.

ESCENA V.

D. SENEN, y acto contínuo D. ABDON.

SENEN. El difunto era la rareza andando, y en sus últimas disposiciones debe haber cada locura... Y don Abdon ha leido el testamento... Su repentina excentricidad... (Aparece por la derecha D. Abdon con pantalon y chaleco de mahon, levita negra y corbata blanca.)

ABDON. Señor don Senen... (Por la primera puerta izquierda.)

SENEN. Estimado amigo don Abdon...

ABDON. Ocurre alguna novedad en casa... Se me figura haber notado cierta agitacion.

SENEN. Sí, señor... Parece ser que Elisita se ha puesto enferma...

ABDON. Elisita... Eso es grave. Con el permiso de usted. (Dispónese á salir.) Señor, será cosa de cuidado...

ESCENA VI.

DICHOS y ROMUALDA.

ROM. No, señor, ya ha vuelto en sí; no ha sido más que un vahido...

SENEN. Gracias á Dios... En estos momentos las visitas no sirven más que de estorbo. Hasta despues, vecino... (Váse.)

ABDON. Vaya usted con la Vírgen, querido...

ROM. (Con cierto misterio.) Se marchó, me alegro... porque tengo que dar á usted buenas noticias.

ABDON. Sí?

ROM. Sí... Se casa usted con la señorita Elisa.

ABDON. ¿Será posible?

ROM. «Dentro de un cuarto de hora, le darás el sí á don Abdon.»—Eso ha dicho hace un momento doña Mariquita, y la señorita al oirlo...

ABDON. Se ha desmayado?

ROM. Justamente, de alegría.

ABDON. Es natural.

ROM. Don Abdon reune todas las condiciones exigidas por el difunto... dijo tambien poco ántes... Ademas, ya ves cómo nos trata. Todo le parece poco para hacernos agradable su hospitalidad.

ABDON. Ya va á hacer el mes que los tengo en casa.

ROM. Ademas es rico...

ABDON. (Si supieran que no tengo una peseta!)

ROM. Todo eso ha dicho. Ya ves añadió... Somos pobres al ménos hasta conocer la voluntad del difunto. Don Abdon nos tiene gratis en su casa...

ABDON. ¡Qué suerte, qué suerte! Si no sorprendo tan oportunamente el testamento me fastidio... Pues Romualda... firmes hasta el final. Sigue pintándome como el hombre más estrafalario de la tierra... Yo te recompensaré largamente.

ROM. Ande usted, que hoy voy á echar el resto. Aquí están.

ABDON. (Finjamos.) «He dicho que no sea usted bachillera » Ponga usted en la mesa tres pesetas de rábanos, y diez y siete frascos de mostaza.

ROM. Bueno, con hacerlo, estamos despachados. (Váse.)

ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA MARIQUITA, ELISA y LEOPOLDO. Han salido cuando daba D. Abdon las últimas órdenes.

ABDON. ¡Oh, que ya está usted aliviada.—Me alegro, he llevado un gran susto!

ELISA. Gracias.

LEOP. (Atrapó el testamento.) (Viendo que no está en el suelo.)

ABDON. Pero está usted completamente restablecida?

MAR. Sí... Un mareillo, pero en cuanto la he frotado las sienes con colonia...

ABDON. En mi vida la he gastado. En doliéndome la cabeza me froto las sienes con un cepillo....

MAR. Usted parece de mi familia. El vivo retrato de mi hermano que esté en gloria... ¡Oh, familia de excéntricos! (Doña Mariquita viste exagerada y ridículamente.)

ABDON. Al ser pariente de usted, seria para mí una honra muy grande...

MAR. Tal vez no esté muy lejano el dia de conseguirla.

ABDON. Ay, doña Mariquita de mi alma... (Ciertos son los toros.)

LEOP. (Apuesto á que don Senen ha leido la mitad de las cláusulas, mientras subia la escalera.)

ELISA. Este cuarto es el más frio de toda la casa.

ABDON. Si es una estufa.

ELISA. No tanto, señor don Abdon.

ABDON. Invierno más caluroso.

ELISA. Caluroso, y está nevando?

ABDON. Yo nunca tengo frio... Bien, es verdad que como me desayuno con hielo. En fin, mire usted... pantaloncito de mahon.

MAR. Lo dicho; mi hermano que esté en gloria... Pues yo, mire usted... Zapato bajo y dos enaguas finas. Tiente usted.

LEOP. (¡Qué mujer tan estrambótica!)

ESCENA VIII.

DICHOS y ROMUALDA.

ROM. El criado de don Senen dice que si podrá ver á la señora.

MAR. Ya sé lo que es.—Dile que pase... (Váse Romualda.) Me traerá unas muestras de vajilla que he encargado á don Senen... Ese sí que es un hombre arreglado!... (Con desprecio y burla.)

ABDON. Oh! Hace treinta años que come á la misma hora. No se conoce un viviente más metódico!

ESCENA IX.

DICHOS y FRASQUITO. Este habla con un acento madrileño muy pronunciado.

FRASQ. ¿Dan ustedes su permiso?

ABDON. Entra. (Entra Frasquito, que trae la cabeza vendada, cargado con una cesta, en la cual hay muestras de vajilla y cristalería.)

FRASQ. Señora, dice mi amo, si es esto sobre poco más ó ménos lo que usté desea?

MAR. Á ver... deja aquí la canasta.

ABDON. Frasquito, qué es eso? ¿Te has descalabrado?

FRASQ. No, señor, un chichoncillo... ná.

ABDON. Nada?... Pues cuando tú te vendas... Vamos, ya... algun revolcon en los novillos.

FRASQ. ¡Ojalá y fuera verdá!—No tienen la culpa los novillos. Los toros son los que la tienen.--Esos.

ABDON. ¡Ay, ay, ay... qué retintin! Á tí te ha pasado algo, mala cabeza.

FRASQ. Lo que es ahora, y tan mala.

ABDON. Anda, cuéntanos lo que ha sido...

FRASQ. Si tóo se pudiera decir... pero luego salen con que si los criados somos la trompeta de los amos. Bien, que pá lo que me queda de estar con él...

ABDON. Ah, conque es tu amo el que...

FRASQ. No señor... pero.. (Accion de guardar silencio.)

ABDON. Hombre, te figuras que voy á delatarte?

FRASQ. Pues vaya la verdá. Él me ha descalabrao... y esta tarde me voy de con él... Ya le he dicho que me ajuste la cuenta...

ABDON. Muchacho, eso parece imposible... Un hombre tan pacífico, tan bonachon, tan arreglado...

FRASQ. Anda, anda... Conque pacífico? Sabe usted lo que es él? *El hipróquita* más grande del mundo... Arreglao... un hombre que no come dos dias seguidos á la misma hora... y que se acuesta á las dos y las tres de la madrugá...

MAR. ¿Qué? (Animándose.)

ABDON. Él?

FRASQ. Sí, señor. Y no crea usté que tiene mal fondo... ¿Pa qué tengo que icir más que la verdad? Pero es el estrambótico más grande que se conoce.

LEOP. (Esto me huele á comedia.)

FRASQ. Anoche... sí, anoche fué... Ya ve usted si hacia viento, pues para que se sentara á cenar hubo que abrir de par en par todos los balcones... Y qué dirá usted que cenó? Media libra de chicharrones y un pan de picos...

MAR. ¡Cosa más graciosa!.. (Muy gozosa.)

ABDON. Y qué tal, le gusta á usted la vajilla?

LEOP. (Este quiere mudar la conversacion.)

MAR. Luego la veré... Á mí me hacia feliz ese hombre.

FRASQ. Pa verlo un rato no le digo á usted que no sea divertido, pero lo que es pa la larga... Pues y cuando no tiene sueño?—Frasquito?—Señor.—Ven. ¿Has visto *Don Juan Tenorio*?—Sí.—Dime la escena en ovilletes, sí... ovilletes creo que dice.

LEOP. No, ovillejos.

FRASQ. Eso es, ovillejos.—Señor, mire usted que es tarde.—La escena digo, y á todo esto mete mano al revolver. Y allí tiene usté á Frasquito en paños menores y medio muerto de sueño diciendo:

Como se llama el galan?
Don Juan.
Sin apellido notorio?
Tenorio.
Ánimas del purgatorio, etc.

ABDON. ¡Qué situacion más ridícula! No decia yo esos versos ni por mil duros...

FRASQ. Pues qué yo los diria si no fuera por mor del revolver?

MAR. No puedo ocultar que deliro por los carácteres excéntricos...

FRASQ. Y los trajes que se pone tanto para dormír como para andar por casa? Y las pipas que compra? Y los pájaros? El lunes de la semana pasada se me descolgó con siete loros... el martes los iba á degollar porque hablaban poco, el miércoles tomaron confianza los animalitos, y el jueves los degolló porque hablaban mucho...

MAR. Miren el bueno de don Senen...

ABDON. (Aquí hay pastel.) Dime: tú le sirves hace mucho tiempo.

FRASQ. Siete años.

ABDON. Y ha sido siempre tan estrambótico como ahora?

FRASQ. No señor. Raro es... pero lo que es tan. . ¿sabe usted desde cuándo es tan estrambótico? Siempre... habia... Toma, desde que Arderíus puso los bufos... (Rien todos.) Lo toman ustedes á broma? Es verdá por mi salú... Como la luz de Dios que nos alumbra... Y pa mí no es más que eso...

MAR. ¡Oh, debe ser un hombre delicioso!

ABDON. (Aquí hay entruchada.)

FRASQ. Me cuesta más desazones ese maldito Arderíus... Á lo mejor me dice mi amo... Hoy *Barba Azul*.—Otro dia, *La gran Duquesa*.—Y qué es? Que á cuanto me pregunta, á otro tanto he de contestarle cantando música de la zarzuela que haya dicho.—Es, supongamos, *La gran Duquesa*, y me dice el amo.—Qué has puesto para comer?—y no tengo más remedio que contestarle:
(Cantando el wals de las cartas.)

«Tenemos fideos,

cocido y salmon,
y nueces y pasas,
y un poquito de turron.»

(La letra debe acomodarse muy mal al canto.)

Si es *Barba Azul*, y me dice:—Ha venido álguien?—ya me tiene usted contestándole: (Cantando.)

El barbero vino... olé!
por unos cuartos... chipé!

Y como le conteste sin cantar, garrotazo limpio! (Rien.) En fin, que busque quien le sirva; y si quiere divertirse que se compre una mona...

LEOP. (El tal Frasquito me parece un tuno de marca mayor!)

FRASQ. Conque tenga usted la bondad de ver esa vajilla, porque si tardo mucho...

MAR. Yo te defenderé.

FRASQ. Es que desde ayer está furioso.. Él proyecta alguna cosa. Todo se le vuelve decir: «Ya estoy harto de cadenas. Voy á emanciparme. Quiero vivir á mis anchas, y el que me quiera como soy, me toma, y el que no, me deja.» Ay! Qué tunda me espera... (Viendo aparecer á su amo.)

ESCENA X.

DICHOS y D. SENEN, que aparece completamente vestido de blanco. Trae sombrero de paja.

SENEN. Ya estoy de vuelta, señores mios.—Hola! Celebro el alivio , niña.

ELISA. Muchas gracias.

SENEN. (Ap. á Frasquito.) Sobre la mesa hay instrucciones escritas.

ABDON. (Cuando digo que hay entruchada.)

MAR. (Y le sienta muy bien ese traje.)

SENEN. (Á Frasquito.) Toma la llave y coge el cesto. No comemos en casa. ¿Quieren ustedes comer conmigo en el campo?

MAR. En el campo?

SENEN. El dia está apacible y he resuelto comer sobre la fresca yerba.

MAR. Sobre la fresca nieve querrá usted decir...

SENEN. ¿Dónde encontrar un mantel más limpio?

MAR. Es verdad, y tengo mis tentaciones de acompañarle... Si no fuera porque á la una debe tener lugar la apertura del testamento de mi hermano. Pero ya ve usted que no es cosa de faltar á un acto de tanto interés para nosotros...

SENEN. Es verdad. Á propósito del testamento, quisiera decir á usted cuatro palabras...

ABDON. (Hola!)

LEOP. (Conviene salir de este cuarto. Desmáyese usted.) (Elisa le mira con cierto asombro.)

ELISA. Mamá, ¿por qué no volvemos al gabinete?... Aquí hace un frio insoportable...

MAR. Lo que tú quieras, hija mia.

SÉNEN. (Ap. á Doña Mariquita.) Quédese usted.

MAR. Tenga usted la bondad, Leopoldo, de poner en órden los papeles que he dejado sobre el costurero, y tú, Elisa, pasa á mi cuarto... mejor será otra cosa...—Romualda? Romualda? (Desde la puerta del foro.)

ROM. (Dentro.) ¿Señora?

MAR. Ayuda á la señorita á meter la ropa blanca en la cómoda.

ROM. Está bien.

ELISA. Hasta despues, señores...

ABDON. Adios, preciosa. (Acompañando hasta la puerta del foro.)

SENEN. (Despida usted á ese moscon.) (Á Doña Mariquita, aludiendo á D. Abdon.)

ABDON. (Este hombre me pone en gran cuidado.)

SENEN. (Échele usted.)

MAR. (Cómo?) (Ligera pausa.)

ABDON. ¡Qué silencio! Señores, si estorbo...

MAR. No, no señor. (Con finura.)

SENEN. Sí, sí señor. (Lealmente.)

MAR. Don Senen...

ABDON. No, si á mí me gusta esa franqueza... Ahí quedan ustedes. Conferencien anchamente y á su sabor. (¿Qué irá á decirle! Estoy en ascuas.) (Váse.)

ESCENA XI.

DOÑA MORIQUITA y D. SENEN.

D. Senen cierra la puerta y se asegura de que no le escuchan.

SENEN. No seré largo. Siéntese usted.

MAR. Gracias.

SENEN. (Registrándose los bolsillos.) Usted fuma? (Doña Mariquita prorumpe en una carcajada.)

MAR. ¡Don Senen!...

SENEN. Como ha estado usted tanto tiempo en Andalucia... Yo fumo mucho, pero papelillo nada más... (Anticipadamente ha sacado un lio de papel á manera de petaca, lo ha desenvuelto y tomado de él un cigarro de papel del grueso de un dedo y sobre una cuarta de largo.) Mire usted. (Presentando aquel enorme cigarro.)

MAR. Ave María Purísima! Fuma usted cohetes?...

SENEN. Es tabaco, señora... Cada dos cigarrillos una cajetilla del picado. Lo demas no es fumar... (Colócase el cigarro entre las rodillas.)

MAR. Pero tendrá usted para tres dias con cada cigarro?

SENEN. (Encendiendo un fósforo.) Otro error... Yo en mi vida fumo fiambre... cada vez cigarro nuevo.

MAR. Apuradillo se verá usted para encender en el fósforo... (Saca una bujía D. Senen.)

SENEN. No; si traigo siempre una cerilla para este objeto. (Enciende la bujía y despues el cigarro.) Fumo mucho, bien es verdad que no tengo otro vicio... (Apaga la bujía y se la guarda en el bolsillo.) Y si viera usted cómo apuro los cigarros... Dejo unas colillas así...

MAR. Y á pesar de eso lleva usted los dedos muy limpios...

SENEN. ¡Oh, porque gasto tenacillas! (Saca del bolsillo una media caña de rizar el pelo.)

MAR. ¡Una media caña! Yo en su lugar de usted llevaría las tenazas de la chimenea...

SENEN. Estas son para la calle, pero en casa fumo con las que usted dice.... Conque vamos á mi asunto.

MAR. Vamos.

SENEN. Yo tengo cincuenta años, cien duros de renta al mes, amo á su hija de usted y quiero casarme con ella...

MAR. ¿De veras? (Pues señor le encuentro muchísima gracia á este hombre.)

SENEN. No quiero engañarla á usted. El mundo que es casi siempre un caballero muy injusto, dice que soy un hombre muy excéntrico. Si el fumar así y hacer de una manera análoga casi todas las demas cosas de la vida, es una excentricidad, estoy de acuerdo con aquel caballero. Pero mis excentricidades son inofensivas... Podrá ser que esto que han dado en llamar rarezas de mi carácter, sea un obstáculo á esa boda...

MAR. Tal vez no... (Este hombre nos conviene.) Mi difunto hermano, cuyo testamento debe abrirse como dije ántes, hoy á la una, era el hombre más extravagante que puede usted imaginar... Yo naturalmente, no sé lo que dice, pero como de estas cosas siempre se trasluce algo... sospecho que mi hija es la heredera... siempre que se case á gusto de su tio... que al testador le gustan los hombres raros... y que yo seré la encargada de designar el novio...

SEMEN. (Eso es justamente lo que dice el testamento.)

MAR. ¿Qué más quiere usted que le diga?... Al difunto le gustaban y á mí me gustan los hombres poco vulgares... (Con cierta intencion.)

SENEN. Entiendo... Una palabra ántes de que usted se retire. Don Abdon ha pedido á usted la mano de su hija?

MAR. No señor. (Astucia.)

SENEN. Formal?

MAR. Formal.

SENEN. Y Leopoldo? (Coge el paraguas.)

MAR. Si señor... ya hace algun tiempo; pero le dí unas calabazas por escrito .. que ya! Ahora ni se acuerda de la chica ni Elisita se casaria con un mequetrefe semejante... Hombre mas vulgar!

SENEN. Bueno. ¿Y cuándo podré esperar una contestacion?

MAR. Dentro de un cuarto de hora... usted se queda aquí?

SENEN. No señora. Voy á tener la honra de acompañarla á usted, dígnese aceptar mi brazo...

MAR. Con mucho gusto. (D. Senen abre el paraguas y ofrece el brazo á Doña Mariquita.) Para qué abre usted el paraguas?

SENEN. Porque está nevando.

MAR. Pero no aquí dentro.

SENEN. ¿Y si hay goteras?

MAR. Es usted un hombre delicioso... Já, já... (Al llegar á la puerta del foro pasa sola Doña Mariquita, porque no cabe por ella todo el grupo. D. Senen cierra el paraguas y vuelve á abrirle en cuanto salva la puerta, pero ántes dice las palabras que siguen.)

SENEN. Espere usted un poco... (Me ha llamado delicioso: eso quiere decir, «Seré tu suegra.») (Váse.)

ESCENA XII.

DON ABDON, rápidamente por la puerta secreta.

ABDON. No hay oro con que pagar una puerta secreta... He oido toda la conversacion. Afortunadamente doña Mariquita ha negado que pretendo la mano de su hija... pero la veo inclinada á favor de don Senen... Ha dicho que le gustan los hombres raros... ¡Oh, pues yo la prometo... ¿Romualda? ¿Romualda?

ROM. (Dentro.) Señor, voy...

ABDON. Que me valga el ingenio! Y esta muchachu secunda perfectamente mis planes...

ROM. ¿Qué se le ofrece á usted?

ESCENA XIII.

DON ABDON y ROMUALDA.

ABDON. Romualda, estoy perdido. Creo que don Senen me birla la novia...

ROM. Eso no puede ser.

ABDON. Sí, Romualda, sí... don Senen es mucho mas animal que yo.

ROM. Cá, no lo crea usted. Eso es modestia. (Con inocente conviccion.)

ABDON. No lo dudes, Romualda.

ROM. Pues sí que lo dudo... No se eche usted tanto por los suelos... Para ganarle á usted se necesita mucho.

ABDON. Eso es el cariño que te ciega.

ROM. Esto es la verdad pura.

ABDON. En fin no está todo perdido...

ROM. Explíquese usted.

ABDON. Tú eres capaz de hacer lo que hace Frasquito?

ROM. Segun lo que sea.

ABDON. Sabes cantar la música en boga?

ROM. Soy la primera bufa de aficion que se conoce.

ABDON. Pues bien; necesito que lleguemos al colmo de la extravagancia sobre todo en presencia de doña Mariquita. ¿Dime, don Senen ha entrado en el gabinete con la señora?

ROM. No señor. Se ha quedado á la puerta conferenciando con don Leopoldo, á quien doña Mariquita ha dicho no sé qué cosa al oido.

ABDON. Claro, como que es su secretario íntimo.

ROM. Pero mire usted... aquí vienen los dos cogidos de brazo.

ABDON. Vete en seguida, y si preguntan por mí, dí que no me has encontrado en el despacho.

ROM. Corriente.

ABDON. Otra vez á la atalaya. Desde aquí oiré cuanto hablen. (Entra por la puerta secreta.)

LEOP. (Dentro.) ¿Está don Abdon en el despacho?
ROM. (Id.) No señor, ni sé por dónde anda.

ESCENA XIV.

D. SENEN y LEOPOLDO.

LEOP. No hay nadie efectivamente.
SENEN. Hombre, pues aprovechemos esta soledad. Sea usted franco. Cuatro palabras de usted pueden hacer mi dicha.
LEOP. Señor don Senen usted comprenderá que hay cosas muy delicadas.
SENEN. Sí, es verdad. (Voy á sobornarle.) Usted fuma? (Le presenta un enorme cigarro de papel.)
LEOP. No señor, gracias. ¡Jesus, parece un cartucho de napoleones!...
SENEN. Mire usted que es habano de Alicante.
LEOP. No, gracias.
SENEN. Pero aunque sea indirectamente suminístreme usted algun dato.
LEOP. Es usted capaz de ablandar las peñas.
SENEN. Usted se enternece? Hable usted, hable por las once mil vírgenes.
LEOP. Pues bien, sí, don Abdon ha pedido la mano de Elisa y tiene probabilidades de triunfo. Don Abdon es un excéntrico de primer órden... y usted por el contrario es una persona formal y juiciosa.
SENEN. Yo le diré á usted. En cuanto á formal...
LEOP. No, si eso se conoce hasta en el menor detalle.
SENEN. Es verdad. Á veces para dar la idea de un carácter basta un pitillo. (Presentando el cigarro.) Pero por qué no fuma usted? Un par de chupaditas á lo ménos.
LEOP. Me harian daño. Amigo, don Abdon con sus rarezas tiene chocha á doña Mariquita.
SENEN. Pues no es tan raro como todo eso!
LEOP. Que no es tan raro y lleva pantalon de mahon en este tiempo...

SENEN. Le gusta á usted el dril este? (Enseñándole el del pantalon.)

LEOP. Dice que no es raro un hombre que se desayuna con rabanillos.

SENEN. Desde que yo se lo aconsejé. No hay desayuno más higiénico.

LEOP. ¡Ah, usted fué...

SENEN. Sí, señor. Es mi discípulo.

LEOP. Pero hombre, siendo así, para cuándo guarda usted sus gracias?

SENEN. Mi virtud principal es la modestia.

LEOP. Deséchela usted. En fin voy á protegerle. Óigame usted con atencion. Bajo cualquier pretexto voy á hacer que venga aquí don Abdon, y los dos quedan ustedes solitos en este despacho. Hago deliberadamente que doña Mariquita se encierre en esa sala. Alzando un poco las cortinillas de los cristales observa sin ser vista cuanto ustedes hagan, y naturalmente concederá la mano de su hija...

SENEN. Al más bárbaro de los dos. (Con alegría.) Seré el preferido, y á usted deberé esa gloria.

LEOP. No tengo ningun interés en el asunto. Procedo así por pura simpatía.

SENEN. Gracias.—Pero, vaya usted sin perder un instante.

LEOP. Voy.

SENEN. Ah! Y cómo sabré cuándo empieza á observarnos doña Mariquita.

LEOP. ¿Cómo? Buscando un pretexto... Cualquiera cosa.—Mire usted, yo volveré dentro de un momento, y si me sueno, es señal de que ya está aquí doña Mariquita.

SENEN. Es usted un ángel.

LEOP. Valor, y hasta despues. (Váse corriendo.)

ESCENA XV.

D. SENEN, y á poco FRASQUITO.

SENEN. ¡Oh, ya no le temo á ese rival! Elisa y su fortuna pa-

sarán á mi poder! ¡Qué frio tengo! Pero no transijo con el mahon de mi adversario. Nada, dril, aunque me cueste la pelleja. (Aparece Frasquito.)

FRASQ. ¿Señor?

SENEN. ¿Has leido mis instrucciones?

FRASQ. Sí... (Trae un cesto.)

SENEN. Déjalo ahí. (En la primera puerta izquierda.) Escucha. Llegó la hora. Asóciate á mis majaderías. Te pago á media peseta la barbaridad.

FRASQ. Anda, anda; pues pronto voy á echar coche.

SENEN. Entra en ese cuarto, y está atento á mi voz.

FRASQ. ¿Qué zarzuela hacen hoy?

SENEN. *Barba Ázul.*

FRASQ. Corriente. (Entra en el cuarto, á tiempo que D. Abdon y Romualda aparecen en una de las puertas del foro.)

ESCENA XVI.

D. SENEN, D. ABDON y ROMUALDA. D. Senen se ha sentado en una butaca, de modo que no ha visto á D. Abdon.

ABDON. Lo oyes? (Al oido de Romualda.) Hacen *Barba Azul.* Nosotros *La Gran Duquesa.*

ROM. La sé de coro.

ABDON. (Abriendo la puerta secreta.) Quiero tenerle á mano. Entra y cuida de saber abrir la otra puerta.

ROM. (Descanse usted.) (Entra.)

ESCENA XVII.

D. SENEN y D. ABDON. D. Abdon trae en vez de la levita negra una de mahon.

SENEN. ¡Hola, que está usted aquí! Dónde se habrá usted metido?

ABDON. En la pajarera... estaba renovando el agua á los canarios..

SENEN. Vamos. (El pobrete no sabe lo que le espera.)

ABDON. (Sentándose en otra butaca.) (Y este majadero se figurará que estoy en babia.) Y cómo aquí todavía? Renuncia usted á comer en el campo?

SENEN. No, señor, estoy esperando que nieve más... Já, já. (Se rie otra vez.) ¡Cosa más igual!

ABDON. (Ligeramente picado.) Hombre, por qué se rie usted de ese modo?

SENEN. Porque estoy observando que parece usted un sorbete de yema.

ABDON. (Muy risueño.) Es verdad. Y usted, uno de espuma de limon.

SENEN. (Riendo.) Es muy cierto.—Que cucos estaríamos en una bandeja. (Rien los dos.) Hombre, y á propósito... (Deja de reir.) ¿Qué hay de política?

ABDON. (Alarmado.) (¿Se habrá sonado Leopoldo sin haberlo yo oido?)

SENEN. Dicen que tiene grandes probabilidades de subir al poder... pero sus enemigos... esos... los... pues... esos dicen que nones. (Todo con gran misterio.)

ABDON. Pues soy de la misma opinion.

ESCENA XVIII.

DICHOS y LEOPOLDO, que viene corriendo.

LEOP. Hola, señores...

SENEN. (Aquí está.)

ABDON. (No le perderé de vista.)

LEOP. Con el permiso de ustedes voy á llevarme el tintero, porque he de poner una minuta urgente.—Diablo, y qué frio está haciendo.—Yo me he constipado fuertemente. (Se suena, mirando intencionadamente á D. Senen.)

SENEN. (Hola, llamada y tropa.)

ABDON. (Ah, tunante!)

SENEN. Cuidarse mucho.

LEOP. Ah, los constipados suelen ser fatales... Hasta luego.

SENEN. Vaya usted con Dios...

ESCENA XIX.

D. SENEN y D. ABDON.

Siéntanse el uno enfrente del otro á cierta distancia, pero de lado al público.

ABDON. (Astucia.)
SENEN. (Agucemos el ingenio.) Pues señor, no sé cómo hay hombres que se constipan... ¡Qué falta de sentido comun!
ABDON. ¿Qué quiere usted? Vulgo.
SENEN. Bien es verdad que observo una higiene... En invierno, digo, en lo que llaman aquí invierno... porque yo estoy sudando... (Se quita la corbata.)
ABDON. Y yo...
SENEN. Si usted me lo permite...
ABDON. Con mucho gusto. Yo iba á hacer lo mismo. (Se quita la suya.)
SENEN. Pues decia que en invierno... en cuanto me echo de la cama me baño en agua serenada... de modo que ya no tengo frio en todo el dia...
ABDON. El método de mi padre.
SENEN. Y el de todos mis ascendientes... Los Quirogas han vivido mucho más dentro del agua que fuera de ella.
ABDON. Como los Arteagas.
SENEN. Y si me caso, el primer baño de mis nenes será en la pila del bautismo... Allí los zambulliré de cabeza aunque me cueste reñir con el vicario; la salud es lo primero...
ABDON. Muy bien hecho.
SENEN. Pues señor... yo no puedo aguantar el calor este. (Se quita la levita.)
ABDON. Es insoportable efectivamente. (Se quita la suya y ademas el chaleco.)
SENEN. Tambien estorba el chaleco. Hace usted bíen. (¡Qué pulmonía voy á pescar!)

ABDON. (El tio este me va á costar un mes de cama.)

SENEN. Ajajá!

ABDON. Esto es vivir.

SENEN. Y en cambio, Leopoldo, que es un muchacho, como quien dice, va por toda la casa haciendo: «Jé!» (Restregándose las manos y haciendo el movimiento consiguiente al calofrio.) (Ay! Me he consolado.) Qué juventud tan raquítica!

ABDON. Mucho... Que hicieramos nosotros esto... (Repite el movimiento que hizo D. Senen.) pase... pero él!

SENEN. Amigo, y qué bien lo ha imitado usted. Yo no soy tan fuerte en esto de la imitacion... Á ver... Jé! (Repite el juego.) Cá, no le llegó á usted ni con mucho... (Otro consuelo.)

ABDON. Eso es modestia.

SENEN. Repito lo dicho. La humanidad ha degenerado.

ABDON. Mucho.

SENEN. (Dios mio, esto no son dedos... Son rábanos.)

ABDON. ¡Qué jóvenes, qué jóvenes!

SENEN. Pues dónde me deja usted á esos pollos que están á todas horas haciendo así... y así... para calentarse las manos. (Cierrra los puños y les echa el aliento primero al uno y luego al otro.

ABDON. (Riendo.) Sí; tiene usted razon, así... así hacen. Y así. (Colocando las manos debajo de los sobacos.).

SENEN. (Repite el juego.) Y así... (Dando patadas en el suelo, D. Abdon rie y salta como D. Senen.) Vaya, este, este es el juegó. (Lo repite riendo.) No parece sino que esten tocando la trompeta... (Riéndose mucho los dos déjanse caer sobre la butaca, casi inmediatamente se les amortigua la risa esforzándose ambos por conservarla.) Jé... jé... ¡Dios mio, hasta la sonrisa se me va á helar! (Ligera pausa)

ABDON. ¿Siente usted calor todavia?

SENEN. Sí señor. (Aunque reviente.)

ABDON. (¿Habrá pícaro?) ¿Romualda?

ROM. (Que sale.) Señor.

ABDON. Abre los balcones de ese cuarto.

ROM. Voy.

SENEN. (Asesino.) ¿Frascrito?

FRASQ. ¿Señor? (Aparece.)

SENEN. Abre de par en par los balcones de esa sala. (Váse Frasquito.)

ABDON. ¿Qué hace usted?

SENEN. Así habrá correspondencia. La ventilacion está recomendada por todos los facultativos.

ABDON. Muy bien pensado.

SENEN. ¡Qué delicia! Cuánto darian los enfermos por un airecillo así! (Queda un momento con la boca abierta.)

ABDON. ¿Bosteza usted?

SENEN. Cá, si es que aspiro con entusiasmo esa bien hechora brisa... (Valiente estómago voy á hacer.)

ABDON. Pues señor, la verdad es que somos fuertes. Aquí nos tiene usted como si fueramos á jugar un partido de pelota.

SENEN. Hombre por Dios, no hable usted de juegos de verano... Y mis alimentos guardan cierta analogía con mi ropa... Nada caliente... Mucho fiambre y sobre todo fruta. ¡Oh la fruta! Me doy cada atracon de melocotones...

ABDON. Yo de ciruelas... Aún siento calor. (Se remanga los puños de la camisa.)

SENEN. (Pues no has de ganarme.) (Se suelta el boton del cuello.)

ABDON. Mi despensa parece una frutería.

SENEN. La mia lo mismo. En ningun tiempo faltan en mi casa melocotones. (Dicha esta palabra se arranca la peluca dejando ver una cabeza completamante calva.

ABDON. Y á mí me gustan gordos... (Se quita su peluca.) Muy gordos...

SENEN. Sí. Ya se conoce en la muestra. (Estoy escamado, este tio debe haber olido alguna cosa.)

ABDON. Amigo don Senen, desde que sé que es usted un hombre excéntrico, lo quiero veinte veces mas de lo que le quería... Siempre le gusta á uno encontrar cofrades...

SENEN. Es usted excéntrico? No lo habia conocido...

ABDON. Hombre, pues se necesita estar ciego...

SENEN. De qué excentricidades puede usted vanagloriarse?... Si se tratara de mí... pero de usted, de un hombre que come á la mesa y duerme en su cama...

ABDON. No, no es verdad.

SENEN. De un hombre, en fin... apegado á la costumbre rancia del cocido... Yo no como cocido en mi vida... (Levantando la voz.)

ABDON. Falso.

SENEN. Si comiera usted lo que yo... Frasquito?

FRASQ. (Saliendo.) ¿Señor?

SENEN. Dile á este caballero lo que comemos ordinariamente.

FRASQ. (Cantando la cancion de «Barba Azul,» cuya letra: «Cual libia mariposa,—que va de flor en flor.)

Comemos mariposas,
mosquitos y melon...
y huesos de aceitunas,
y queso Villalon...

SENEN. ¿Lo ve usted?

ABDON. Romualda?

ROM. Señor? (Sale.)

ABDON. Qué cena tu amo todas las noches?

ROM. Alguna nuez y poco pan,
y no gasta tenedor...

(Con la música de La Gran Duquesa.—«Que duerma, pues, el General,» etc.)

SENEN. (Cuando digo que este mozo sabe algo. Aquí hay gato, aquí hay gato...)

ABDON. (Parece que le duele.) Lo ve usted?—Es difícil conocer el interior doméstico...—Retírate.

SENEN. Pues, amigo, yo hubiera jurado... Vaya, vaya, me alegro mucho...

ABDON. Jesus, cómo aprieta la nieve... Mire, mire usted qué copos... Parecen sábanas... Buena ocasion para marcharse.

SENEN. No me marcho hasta la una. (Se sienta en la butaca y abre el paraguas.)

ABDON. ¿Para qué abre usted el paraguas?

SENEN. Para no mojarme.
ABDON. Es verdad...
ROM. Señor?
ABDON. Tráeme los chanclos de goma.
SENEN. Para qué?
ABDON. Para no ensuciarme los botitos.
SENEN. Va usted á salir?
ABDON. No; pero podria llegar el barro á los cuartos principales...
SENEN. (Dios mio, este hombre sabe más que yo!) Vamos á ver. ¿Cuántas horas duerme usted?
ABDON. Tres.
SENEN. Yo dos.—Tiene usted partido con las mujeres?
ABDON. Vaya! Me quieren muchas.
SENEN. Á mí, todas. Frasquito? (Saca este la cabeza.) ¿Qué me dicen las mujeres?
FRASQ. Olé! (Muy fuerte. Se esconde.)
SENEN. Lo está usted oyendo?
ABDON. Es que á mí me dicen: «Hermoso.»
SENEN. Es ménos que olé! He tenido así, así, las proporciones de casarme con mujeres ricas... Hijas de condes, de duques, de banqueros... Frasquito, es verdad? (Gritando.)
FRASQ. (Sacando la cabeza.) Chipé. (Se esconde.)
SENEN. Se va usted enterando? (Toda esta escena con rapidez, como para aturdir á D. Abdon.) En qué toma usted el thé?
ABDON. Yo en jarra.
SÉNEN. Yo en perol. Y el aguardiente?
ABDON. En perol.
SENEN. Yo en tinaja... ¿Se va usted enterando? Qué ha de ser usted excéntrico! ¿Tiene usted muchas camisas?
ABDON. Veintisiete.
SENEN. Yo la puesta.
ABDON. Tan limpia?
SENEN. Porque ayer viví en cueros. Cuántas veces se lava usted la cara al dia?
ABDON. Tres.

SENEN. Yo no me lavo nunca. (Se levanta.)

ABDON. Pues y lo del baño?

SENEN. (Rapidez.) Me baño con la cabeza fuera... ¿Se va usted enterando? Quite usted allá! Usted es vulgo... Usted se parece á los demas hombres! ¿Duerme usted sobre una estera? ¿Se afeita con el cuchillo de la cocina? ¿Come usted mariposas? ¿Se come usted las nueces sin descascararlas? ¿Es usted capaz de digerir nueve libras de requeson y una jofaina de buñuelos? Pues si no se siente usted capaz de ninguna de estas proezas, cómo se atreve á engalanarse con el pomposo título de excéntrico?... Lo dicho, dicho. Vulgo, vulgo y siempre vulgo.

ABDON. ¡Qué locuacidad! (Suena fuertemente la una.)

SENEN. La una. (Ábrense la puerta de cristales del foro, y se ve un gabinete elegante con puerta tambien al foro que da sobre un forillo. En el gabinete una mesa con recado de escribir. El Escribano, Elisa, Leopoldo, Doña Mariquita y tres testigos. Doña Mariquita se dirige gozosa hácia D. Senen. Elisa y Leopoldo quedan á la puerta del gabinete. Frasquito y Romualda asoman la cabeza.)

ESCENA XX.

D. SENEN, D. ABDON, DOÑA MARIQUITA, ELISA, LEOPOLDO, ROMUALDA, FRASQUITO, ESCRIBANO y testigos.

SENEN. ¡Qué aparato!

ABDON. Mi señora doña Mariquita.

MAR. Usted es vulgo. (Va hácia D. Senen.) Mi querido yerno... dame esa mano, hijo mio

SENEN. Ah! Será posible?

MAR. Señor Escribano, sírvase usted romper el sobre y leer. (El Escribano rompe el sobre de un pliego, y lee en alta voz. Doña Mariquita ha quedado junto á D. Senen. Gran silencio.)

ESCRIB. (Leyendo.) «Codicilo. Me arrepiento de mis rarezas. Dios me ha tocado en el corazon. Instituyo heredera universal de mis bienes á mi sobrina Elisa Armengol y Pozo, siempre que dé su mano á un hombre de reconocidas

prendas de carácter. Mando que elija para esposo á aquel á quien su madre, mi señora hermana no haya creido conveniente para el paso.»

MAR. ¡Ay! (Cae desplomado sobre una silla.)

SENEN. (¡Santa María Magdalena!) (D. Abdon y D. Senen se miran, y simultáneamente se ponen la peluca y empiezan á vestirse con rapidez.)

ESCRIB. (Leyendo.) »Legó trescientos mil reales á mi secretario particular don Leopoldo de las Cuevas, quien con una bondad que nunca agradeceré bastante ha sido víctima de mis rarezas.» Esto es todo.

SENEN. (Quince mil duros! Quisiera ser víctima!)

LEOP. (Á Elisa.) (Calla!) Señores... (Leyendo una carta que acaba de abrir.) Firma esta carta doña Mariquita dándome las calabazas más solemnes del mundo. Le pedí la mano de Elisa.

MAR. Y la niego todavía.

ABDON. (Esa mujer es tonta.)

LEOP. Yo en cambio la regalo esos quince mil duros para sus gastos particulares.

MAR. Ah, hijo mio... (Agrupándose Elisa, Doña Mariquita y Leopoldo.)

SENEN. Esa mujer es la madre de todo el mundo...

ELISA. Si ya está el equipaje en la estacion.

MAR. Esta noche á Alicante... Hasta luego, señores... (Saludan con tibieza Leopoldo y Elisa. Entran en el gabinete y cierran la puerta.)

LEOP. ¡Yo únicamente conocia ese secreto! (Á Elisa.)

ESCENA ÚLTIMA.

D. SENEN, D. ABDON, ROMUALDA y FRASQUITO.

ABDON. ¡Don Leopoldo! Don Leopoldo.—Vaya una jugada.

SENEN. Ese pillete lo sabia todo! (Se miran D. Abdon y D. Senen.)

ABDON. Valiente chasco!

SENEN. (Llegándose á D. Abdon.) Quiere usted beber en perol el

aguardiente. ¡Ay, don Abdon!

ABDON. Ay, don Senen. ¿Tiene usted calor todavía?

SENEN. Frasquito?

FRASQ. Señor?

SENEN. Avíame la cama

FRASQ. La tiene usté avia... aa... da... (Cantando la música, de «cual libia mariposa.»)

SENEN. Calla. En cuanto me recuerdes los Bufos, te mato.

ABDON. Echa cinco troncos en la chimenea. (Á Romualda, que va á cantar, pero ántes D. Abdon le tapa la boca.) Ni una corchea!

SENEN. (Al público.)

De salir bien, desconfio!

ABDON. Dando estoy diente con diente.

SENEN. No quisiera francamente,
que esto acabara tan frio.

ABDON. Toma! ¿Y qué hacer?

SENEN. Señor mio.
lanzarse y ménos rubor...
Público amigo y señor,
perdona nuestras gansadas,
y á ver si con tus palmadas
nos devuelves el calor. (Cae el telon.)

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Manzano.
Albacete	Ruiz.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Muro.
Alicante	Gossart.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Coronado.
Barcelona	Cerdá.
Idem	Gonart.
Bejar	Lopez Coron.
Bilbao	H. de Delmas.
Burgos	Rodriguez.
Cáceres	Jimenez.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Pedreño.
Castellon	J. Maria de Soto.
Ceuta	M. G. de la Torre.
Ciudad-Real	Acosta.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Viuda de Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	J. Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Brieba.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez Alvarez.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Hijos de Gutierrez
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios.
Pontevedra	Buceta Solla y compañia.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	V.ª de Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Oña.
Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Gra. Campos.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Hijos de Fé.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	I. García.
Valladolid	Nuevo.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	A. Juan.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.